

La trampa

Por Jorge Etcheverry

Como un pájaro de plumaje dorado, pero no mucho, que pese a una cierta grandeza en sus no muy altas ni muy perfectas evoluciones, sabe que ya no podrá ser merecedor del respeto celestial. Sabía que, de alguna manera, ya había dejado atrás los días más agitados de su juventud, y que, hablando metafóricamente, ya no podría volver a levantar el vuelo. Por un lado sentía una confortable sensación de tranquilidad, casi de paz, la que le permitían los avatares de la historia, que hacían que grandes conglomerados de gente en otros tiempos pacífica, se arremolinaran como hojas secas aventadas por las tormentas sociales. Cuando se lo dijo a ella, durante uno de esos paseos por el barrio al atardecer, que se les habían hecho una costumbre, ella le dijo "Ahora eres un ángel con las alas quemadas". Y pese a que la frase sonaba a lugar común, y al tono ligero, casi de broma, su voz tenía un matiz casual, casi neutro, que era lo contrario a la cursilería. Era más bien la declaración de un hecho, frente a la que había que encogerse de hombros: "Y bueno". Caminaban hablando de esto y aquello, como siempre. Atravesaban calles siempre iguales, en esos atardeceres violeta y naranja de los familiares días del comienzo de otoño en la ciudad. Luego, de regreso a la vieja casa en que ella arrendaba una habitación vasta y sombría, sentados en un salón de macizos muebles oscuros, bajo un alto techo, tomaban té con tostadas y galletitas, y luego tocaban juntos a cuatro manos en un piano con una vieja cubierta verde, valeses y canciones heredados de las mujeres de su familia. Un empapelado antiguo y manchado de humedad-cubría las paredes. Que hubiera otro pensionista en la casa lo inquietó un poco al comienzo: es natural no sentirse muy cómodo si hay otro hombre joven viviendo en la misma pensión en que vive la amada. Pero su silueta pálida y delgada al comienzo, y luego un poco más llena y saludable, era apenas una presencia marginal que ocasionalmente pasaba por el pasillo, saludaba vagamente y se perdía en las oquedades de las habitaciones del fondo.

Cuando su relación evolucionó de manera casi imperceptible y sobrepasó los besos y abrazos furtivos en las calles, las horas pasadas con las manos entrelazadas en los parques, los manoseos ansiosos en las salas de cine, comenzaron a salir menos. La primera vez que estuvieron juntos en el salón de la casa, se acordaba, tocaban en la radio un vals que hablaba de la vida de unos gitanillos que pese a ser pobres la pasaban muy bien. Ella le había propuesto que se fueran a España por unos meses, que sólo necesitaban el dinero para el pasaje, ya que ella tenía unos vagos parientes en las regiones umbrías y montañosas de los Cantábricos, en un lugar casi impronunciable, una palabra de sonido arcaico, que junto a otras que decía ocasionalmente, representaban el idioma original de su pueblo, cuyos orígenes se perdían en el alba de la historia. Cuando hablaba de estas cosas, o pronunciaba esas palabras, sufría una sutil transformación, un levísimo tinte de color casi anaranjado parecía bañar su piel y en el blanco de sus ojos se insinuaba un fulgor ambarino. O a lo

mejor le parecía a él. A veces los interrumpía en sus conversaciones, confidencias y ocasionales arranques amorosos, la cara del viejo dueño de la casa de pensión, que a él le parecía maligna y extraña, que los escrutaba de reojo al pasar por el pasillo, haciéndolo enderezarse de golpe, soltarle a ella la mano, quedarse callado en medio de una frase, aunque ella no parecía inquietarse. Después se enteró de que la casa no era en realidad una pensión. La pareja, luego de que los hijos hubieron crecido, se había encontrado sola, con escasos medios y una casa antigua, muy grande para ellos dos. Todos los años acogían a uno o dos pensionistas, generalmente jóvenes venidos de provincia a la ciudad universitaria. La mujer del hombre, baja y regordeta, siempre vestida con sus batas rojas y cuarentona, la trataba como a una hija, y la había acogido en la gran ciudad a la que había llegado de un hogar remoto a estudiar en la Universidad, donde él la había conocido. Mucho tiempo después, o quizás no tanto, su inquietud primeriza ante esa nueva vida que se anunciaba tan sedentaria, tan libre de sobresaltos, pero que le ocasionaba una cierta desazón, le cedió el paso a un mesurado estado de ánimo que denominaba amor y que consistía en dejarse llevar agradablemente, abandonando ese frenesí que lo había llevado hasta ese entonces de una facultad a otra, de un trabajo a otro, de un partido político a otro, a renegar del catolicismo de su infancia y juventud. Esa inquietud le había parecido siempre parte de lo más íntimo de su ser, algo con lo que tenía que vivir y que había aprendido a aceptar. Ya en su infancia, su madre había tratado de calmarla con un compuesto de bromuro y calcio, a indicación de los médicos y debido a sus frecuentes pesadillas. Aunque no podría asegurarlo, era muy posible que este estado de ánimo no fuera más que un producto de la edad, de una entrada en la madurez. Porque le era fácil dejarse llevar, era una sensación agradable y cálida, casi lánguida, como cuando llueve y uno está recostado en un sillón, leyendo, y se adormece, ganado por la lluvia. Al comienzo, una pequeña resistencia al nuevo estado de cosas le hormigueaba dentro, como una pequeña abeja dentro del cráneo.. Que tomaba el rostro de un incierto sentido de culpa por este estado de cosas, que hasta ese entonces y cuando lo percibía en otros, le había parecido tan ajeno a su naturaleza. Cuando esta momentánea inquietud se disipaba, se veía otra vez reducido a su laxitud, a los límites magros de su propio cuerpo. La estatura de ella y la energía que irradiaba, tomaban por el contrario su verdadera magnitud, incluso se agigantaban, aunque era más bien una impresión. Ella era alta para ser mujer, aunque no más alta que él. Pero cuando paseaban por las calles, al mirar su imagen reflejada en las vitrinas, le parecía verse colgando de su brazo, como un muchacho desorientado. Ella, en cambio, avanzaba con la cabeza erguida y el paso seguro, la figura esbelta y sin embargo firme, la abundante cabellera al viento. Reconoció por primera vez, como con ojos ajenos, su propio zigzaguear inseguro, interrumpido por mil detalles; periódicos, vitrinas; incidencias.

Pero incluso en esos paseos por la gran ciudad, llena de estímulos sensoriales y distracciones, todas sus palabras iban dirigidas hacia esa faz bella, inmovible y secreta, teniendo como respuesta una mirada obscura, una sonrisa que a él le parecía ambigua y amarga. Muchos de los hábitos que tenía antes de conocerla no habían cambiado. Todavía fumaba mucho. Cuando hacían

el amor, o cuando se besaban, se sorprendía a menudo cansado, con el corazón latiéndole fuertemente. Cuando todavía se desataba en las agitadas disertaciones de antaño, sobre esto y lo otro, una suave presión de la mano de ella tenía la virtud de hacerlo callar y restituirlo al ámbito tibio y mudo de las cosas cotidianas. Pero llegó un momento en que se sintió vagamente culpable. Su antigua manera de ser protestó por sus derechos y le dijo a ella que pensaba reingresar a la política, que la situación se estaba agravando cada día más, a desmedro de las víctimas de siempre, la creciente masa de desposeídos que producía el sistema, y que ya no sabía qué disculpa darle a los compañeros que lo llamaban casi todos los días. Ella le dio una mirada neutra de sus enormes ojos oscuros, en la que él creyó percibir un leve matiz burlón y cálido, como el que aparece en los ojos de los adultos cuando escuchan las enrevesadas explicaciones y disculpas de un niño sorprendido con las manos en la masa. Pero le dijo que sí, que por supuesto, que ella misma participaría en la concentración si no tuviera tanto que hacer. Y en verdad era período de pruebas y exámenes y ella tenía un programa recargado de cursos de lengua, religión, filosofía, cuyo contorno o lógica siempre se le había escapado a él. Pero por otro lado se sintió aliviado: en cualquier lugar donde estuvieran era evidente la atracción, casi la fascinación que ella despertaba en los hombres, sobre todo en los jóvenes; las cabezas se daban vuelta instintivamente, las gargantas tragaban saliva, los ojos se dilataban y permanecían fijos en esa faz, ese cuerpo, sobre todo en esas negras pupilas, como conejos encandilados por los faros del auto que se aproxima, como ratas paralogizadas por la mirada de la serpiente.

Luego, en la esperada riña callejera con la policía que siguió a la manifestación, junto a las barricadas que ardían frente a la Universidad, se sorprendió cansado y medroso, encabezando junto a otros más jóvenes que él, seguramente estudiantes secundarios, una retirada que en otros tiempos le hubiera resultado vergonzante. El pájaro ya no podía remontar el vuelo. Y buscó consuelo esa tarde (y acaso una explicación), en la casa de techos altos y estrechos pasillos, que no había visitado casi por una semana. Al llegar casi chocó cara a cara con un hombre gordo que salía de la casa. Luego del sobresalto inicial y de las disculpas del caso, se dio cuenta de que se trataba del joven pensionista, Eduardo, con quien se disculpó por no haberlo reconocido, y quien le dijo que eso le pasaba incluso a algunos de sus amigos y compañeros en la Universidad. Se notaba bastante molesto. Y era comprensible. Ella le había comentado alguna vez que parecía que su gordura súbita se debía a un problema glandular. Eduardo miró la hora en un reloj pulsera antiguo, parecido al que él mismo había tenido alguna vez heredado de su abuelo. Luego se alejó caminando lentamente calle abajo. Él golpeó el aldabón de la puerta. El hombre delgado le abrió mudo y como con una desazón en los ojos. Se adentró en la casa. Allí en el salón, tejiendo, estaba ella. Antes que pudiera decir una palabra, ella lo miró y dejó a un lado los gruesos palillos que atravesaban el rojo tejido como a una gruesa membrana ensangrentada. Dejó caer los brazos a los costados con lentitud y le ofreció su regazo, amplio y acogedor como un mar, como un desierto. Dijo "venga". Y lo acurrucó como a un niño. Un largo rato después, cayó en un agradable sopor que le recordaba los

días de infancia pasados en casa de la abuela. Terminó por sumirse en un sueño en que los eventos del día servían como una especie de trasfondo a otra realidad amenazante que se iba insinuando, más y más bajo los detalles familiares, como una presencia que subiera hacia él habiéndolo percibido y con deseos de sustentarse de alguna manera de su ser. En el sueño dio un grito. En la realidad se sobresaltó y despertó, justo cuando ella aparecía con una tisana: "El romero le va a hacer bien. Lo noto muy nervioso". Él se sintió un poco molesto, le recordaba la manera como lo trataba su abuela cuando era niño y lo aquejaban estos frecuentes resfriados, pero no dijo nada. Terminó por relajarse, y se abandonó a la tibieza de esos cuidados. No valía la pena resguardar este nerviosismo, que eran respecto a las frenéticas llamadas que lo hicieron vibrar antes lo que una orquídea frente a una flor de jardín de barrio. Luego pensó que alo mejor siempre había sido igual, pero que quizás él no se había dado cuenta. O que a lo mejor estaba, como se suele decir, sentando cabeza. Y se le ocurrieron varias cosas más, en un ritmo tranquilo y uniforme, al compás de los puntos que se iban tejiendo como por sí solos en la roja malla del tejido.

Pensó también que a ella le sentaría el chaleco rojo con el perpetuo tono entre broceado y naranja de las mejillas, con sus ojos oscuros y brillantes. Sus largas manos como dotadas de vida propia laboraban como arañas. Un rato más tarde ella salió del salón. Sus pasos se perdieron por el corredor, hacia las entrañas de la casa, hacia alguna de las piezas interiores, que él no conocía. Luego de unos instantes pasó la señora, luego la sombra sigilosa del hombre. Semiadormecido, escuchó fragmentos de una conversación, pero sin tratar de armar los cabos sueltos. Esas voces le llegaban amortiguadas, se sumaban al cadencioso tic tac del reloj de pared, a la semipenumbra, empujándolo de vuelta al abismo del sueño. Le parecía que él salía a relucir en la conversación, y luego algo de viandas, de guisos, y la mención del vino impronunciado del país de origen de ella, y luego risas apagadas. Al volver, ella lo sobresaltó, despertándolo. Su paso era más vivo, sin esa languidez que le había advertido esa tarde. Sus ojos brillaban. Su piel parecía incluso más lozana, con un tinte casi dorado, como el de los personajes en los cuadros de Rembrandt, en esa semipenumbra cálida, casi uterina. Al verla así, y ver el tejido rojo, casi terminado en sus manos, le dijo que quería verla con el chaleco nuevo. Ella le contestó en broma que lo reservaba para una ocasión muy especial. Luego vinieron semanas o meses inciertos, que se contabilizaban por levantadas temprano para ir al trabajo (levantarse temprano en invierno es siempre desagradable), por días festivos en que se dejaba estar hasta tarde entre las sábanas, por las partidas de dominó en la casa de los tíos solteros. Pero el telón de fondo de esa vida sedentaria era la sucesión de atardeceres, primero en invierno, y luego en primavera, pasados en la vieja casa, en cuyo salón se adormilaba a veces mirando la televisión con el gato en la falda, cuando el confortable no lo ocupaba el pensionista, cada día más gordo, o se recostaba en el sillón, con la cabeza en el regazo de ella, que le ponía entre los labios una galletita ocasional, o las uvas de un racimo, una a una. O, cuando no estaban en casa ni el hombre ni la mujer, hacían el amor repetidas veces en el dormitorio de ella y luego ingería un plato de algo que hubiera disponible, acompañado de enormes cantidades

de pan, fruta, copas de ese fuerte vino de nombre impronunciable y parecido a los vinos griegos hechos de resina de árboles, o a un jarabe medicinal. Pero al que no costaba trabajo acostumbrarse. Luego, a altas horas de la noche, volvía casi sin saber cómo a su propia pensión y se dormía casi sin sueños hasta la mañana siguiente, despertando casi justo para ir a su trabajo luego darse una ducha, deplorando el aumento de la circunferencia de su cintura cuando se abrochaba el cinturón, casi ya en el último agujero.

Un día sonó la alarma en la oficina en que trabajaba y todos salieron a la calle. La gente fumaba y comentaba. Amenazaba lluvia, otra vez recrudescían los problemas sociales en el país, había problemas laborales en el horizonte. Se rumoreaba que los empleados opuestos al acuerdo logrado con la gerencia iban a recurrir a la acción directa. Él ya hacía tiempo que no participaba en el sindicato y no había renovado el carnet del partido. Sólo pensar en esas cosas le daba ahora una increíble lasitud. No parecía posible que se pudiera volver a trabajar esa tarde, con la policía y los perros revisando las oficinas, una por una, así que fue a visitarla, una hora antes que de costumbre, pero en fin... . Se desató una lluvia torrencial. Cuando llegó a la casa, la lluvia amainaba. Él se impacientó en la puerta de calle, calado hasta los huesos. Cuando ella le salió a abrir con su chaleco rojo, le pareció que se le quitaba el frío. En lugar de llevárselo al oscuro sillón, lo dejó sentado en el comedor. Le ofreció té. Al salir, le acarició la cara como a un niño, le pellizcó la mejilla y le dijo "que bueno que está más gordito". Al rato volvió con una gran taza de té (de esas de medio litro que dicen "Felicidades") y un plato con tostadas y galletitas, un poco de queso y jamón. Lo dejó y salió. Él comió con apetito. Luego salió a buscarla a la cocina, donde de seguro estaría con los otros. Tenía muchas cosas que contarle. Al mirar por la puerta, el corazón le dio un vuelco en el pecho. De una viga atravesada casi a la altura del techo y que unía las paredes, colgaban gruesas presas de carne, como las que se ven colgando en los ganchos de las carnicerías, seguramente de cabrito, porque parecían demasiado delgadas para ser de ganado mayor. Percibe otros detalles. Horrorizado e incrédulo trastabilla y sofoca una exclamación. Los ojos brillantes de una de las sombras, que son tres, que se atarean en la pieza en semipenumbas, le lanzan una mirada rápida y oblicua. Oye algunas voces, bajas, apresuradas. Se devuelve por el pasillo hacia la puerta de entrada. Siente una carrera detrás suyo, y una sonrisa sofocada. Al salir por la puerta de cristales echa una mirada sobre el hombro y la ve a ella que le hace pequeños gestos con las manos, como si fuera un niño, llamándolo mientras una picara sonrisa le juguetea por el rostro. Pero él sale a la calle y corre. Sin embargo se detiene cuando ha corrido media cuadra. Saca un cigarrillo. Lo enciende. Mira hacia atrás. Ella está parada en la puerta. Lo mira y luego avanza hacia él con su andar cadencioso. Como antes, cuando se peleaban y él no se decidía a irse con esa garra en el pecho y la esperaba en la calle para hacer las paces, a veces durante horas, hasta que ella se asomaba. Mira hacia la esquina, donde se acaba de encender un farol. Vacila, pero da una vigorosa pitada y va al encuentro de ella, que seguramente le dice "tontito" "qué te pasó" "de qué te

asustaste". Él siente seguramente que debe irse, irse para siempre. Pero se deja llevar, aunque en el interior de su cabeza, una abeja se hace trizas zumbando para despertar su voluntad dormida. Como cuando llueve, y dejamos de hacer las cosas más urgentes, y nos acompasamos hasta el más ignominioso sopor con las gotas que caen de hoja en hoja, de alero en alero. Seguramente le ha dicho "Ese reloj pulsera se lo pusimos al animal. Pero no me culpes a mí ni a la señora. Todo es idea de Eduardo, que te encuentra tan serio y quería hacerte una broma. Supimos lo del desalojo del edificio de la Shell por la radio y sabíamos que ibas a llegar más temprano". Él (podemos ver) la abraza y ríe, un poco estruendosa, forzosamente. Ella lo toma del brazo. Él camina con ella de vuelta a la casa, hacia su inexorable destino.